

DAVID LEAVITT

*El cuerpo
de Jonah Boyd*



Denny Denham es la secretaria y amante de Ernest Wright, psicoanalista y director del departamento de psicología de la Universidad de Wellspring. Es gorda y opaca pero, también es amiga de Nancy, la esposa de Ernest, y confidente de sus hijos, entre los que se encuentra Ben, un quinceañero insoportable herido por la literatura que sólo quiere ser poeta. Pero, sobre todo, es la narradora de la historia.

El Día de Acción de Gracias de 1969, Denny acude a la cena que dan los Wright, a la que asisten también dos invitados especiales: la seductora Anne, que fuera amiga íntima de Nancy, y Jonah Boyd, su nuevo marido.

Jonah es un escritor casi consagrado, un alcohólico redimido, que viaja acompañado de los cuadernos donde está escribiendo su gran novela, esa obra tan esperada desde hace tiempo por su agente y editores, y por la cual ha cobrado ya un anticipo.

Esa cena y los días que vendrán, son el oscuro, turbio, corazón de la novela, el escenario del crimen. Aunque no haya un cadáver ni se sepa hasta mucho tiempo después quién fue la víctima, ni la causa y el origen de las heridas.

Y Denny, esa mujer tan gris que siempre ha estado fascinada por el matrimonio Wright, por ese tenue, delicado, equilibrio de deseos confesados e inconfesables que es toda familia, nos desvelará años más tarde el secreto de lo que pasó en aquellos días, y que cambiaría vidas, muertes y literatura.

1

El día de Acción de Gracias, los Wright siempre daban una cena a la que invitaban a todos los estudiantes ya licenciados (los «desamparados», los llamaba Nancy Wrigth) que, por la razón que fuera, se hubiesen quedado solos en Wellspring en esa festividad. Glenn Turner solía ser uno de ellos, igual que Phil Perry (quien más tarde sería el causante de tanto dolor y tanto revuelo) y una chica anodina con coletas y una falda de cuadros, cuyo nombre no recuerdo en este momento. Y también yo. Me llamo Judith «Denny» Denham, y era la única de los desamparados que no era estudiante de posgrado, sino la secretaria de Ernest Wright en el departamento de psicología. Desde el día de Acción de Gracias al que voy a referirme (el de 1969) han pasado treinta años, que son tantos como los que yo tenía en aquel momento.

En Wellspring, California, la mayoría de los nombres de las calles son una combinación de las primeras y últimas sílabas de distintos estados. Calibraska Avenue es la calle de tiendas más importante, y va subiendo en pendiente hacia el oeste desde la universidad, para luego cruzar por debajo la autopista 420 hasta llegar a Springwell, donde yo vivo, y donde viven la mayoría de las secretarías. Springwell es la puerta de servicio de Wellspring, su hermana siamesa, y donde uno va a comer la mejor comida mexicana, o a ver a los hijos que tuvo con una mujer a la que abandonó hace mucho tiempo; es el lado malo de una autopista cuya función principal, sospecho, consiste en darle a la gente la sensación de que vive en el lado *bueno*.

Florizona Avenue, donde vivían los Wright, se encuentra en el lado universitario de la autopista (el lado bueno). Empezar su breve recorrido de tres manzanas como una brusca desviación a la izquierda de Minnetucky Road, luego asciende entre dos hileras de casas grandes, la mayoría de dos plantas, con ripias o estuco, céspedes donde retozar y viejos robles; y entonces, justo en el punto de máximo esplendor, cuando la vista abarca de repente la totalidad de Wellspring, los tejados de la universidad, el arroyo y en los días soleados, allá en la lejanía, hasta el mismísimo Pacífico, se acaba de repente en Washaho Avenue, cuyo nombre ha sido objeto de las groseras burlas de los estudiantes durante generaciones.^[1] Hoy en día, debido al régimen especial de la universidad, este sector es terreno exclusivo de catedráticos o administradores veteranos, a pesar de que el resto de Wellspring haya sido colonizado por gente del cine e ingenieros informáticos de los «campus» de las firmas tecnológicas que han surgido últimamente en las colinas, como una parodia del auténtico campus al que la ciudad debe su nombre. El actual rector, Ira Weiss, vive en el 304, anteriormente el hogar de los Webb; mientras que en el 310, que en su día habitó Ken Longabaugh, del departamento de matemáticas, con su esposa Hettie, vive ahora un biólogo llamado Federov. Francine Chambers, del de historia, ha reemplazado a Jim Heatherly, del de geología, en el 307. El 305 sigue perteneciendo a Sam y Bertha Boxer, «los extraños Boxers», como solíamos llamarlos; Sam se retiró hace mucho tiempo de la docencia en la escuela de ingeniería, y su jardín está más descuidado que nunca.

Por lo que respecta a la casa de los Wright (el 302), después de la muerte de Nancy Wright en 1981, pasó por las manos de tres propietarios más, con el precio duplicándose en cada reventa, hasta que Ben Wright, ya convertido en un famoso novelista, consiguió por fin recuperarla a finales de los noventa. Vivió en ella hasta su propia muerte, la primavera pasada.

Recuerdo que, cuando empecé a trabajar en Wellspring, a veces regresaba del despacho a casa por Florizona Avenue sólo para poder admirar, aunque fuera un momento, su holgada opulencia: los árboles frutales, los jardines llenos de rosales, los serpenteantes senderos de piedra... Después de las clases, si no llovía, había niños en la calle jugando a «Coger la bandera» o a «Explorador Rojo», aunque Ben Wright no solía contarse entre ellos. Sus alergias lo retenían en casa. En esa época, el nombre de «Florizona» me parecía exótico y colorista; me hacía pensar en algún árbol tropical, una palmera o un baniano, brotando de la arena caliente en un paisaje tortuoso y desértico, como ese en el que el Correcaminos persigue al Coyote.

Ernest Wright era toda una autoridad en Freud, y también tenía una pequeña consulta privada como psicoanalista. Aunque había nacido en St. Louis, donde conoció a Nancy y se casó con ella, sus antepasados eran de la Europa del este; de hecho, sus padres habían emigrado de Polonia a principios de siglo y adoptado el apellido Wright en honor de los hermanos que llevaron a cabo por primera vez un vuelo tripulado. (Su padre aspiraba a ser piloto). Durante la mayor parte de su vida profesional, Ernest dio clases en el Bradford College, New Hampshire. Los Wright no se trasladaron a Wellspring hasta 1964, dos años antes de que yo comenzara a trabajar como secretaria suya.

Tenían tres hijos: Mark, Daphne y Ben. En 1969, Mark tenía veinte años y vivía en Vancouver. Ese verano había cruzado la frontera canadiense, escapando de la llamada a filas. Su número de reemplazo era el cuatro.^[2] Daphne tenía diecisiete años en 1969, y padecía las angustias propias de su primera historia de amor real con Glenn Turner, el protegido de su padre. (Debían mantenerla en secreto de cara a Ernest, que no la habría visto con buenos ojos). En aquellos años, ella y su madre libraban una guerra constante cuyo objetivo principal, o eso parecía, era permitirles sucumbir, al final de cada batalla, a una agradable mezcla de lá-

grimas, abrazos y helado de chocolate. Prolongar el sufrimiento de la pelea para aumentar el placer de la reconciliación constituía un comportamiento típico de los Wright, digno precisamente del tipo de análisis freudiano que Ernest tan bien sabía aplicar a cualquier contexto que no fuera el de su propia familia.

Ben era el pequeño (quince años en 1969). Escribía poesía, y era muy remilgado para comer. En las cenas de Acción de Gracias, si una de las porciones de su plato se tocaba con otra (si los guisantes se tocaban con el pavo, o la salsa montaba sobre la *cassero*le de patatas dulces con una capa de malvavisco) se negaba a comerlo todo. Sus hábitos dietéticos le hacían pasar grandes apuros a Nancy, que parecía incapaz de organizar adecuadamente las comidas de su hijo y tuvo que acabar comprándole un plato especial con varias divisiones para evitar que se muriese de hambre.

Mi amistad con Nancy no tenía nada que ver, en ciertos aspectos fundamentales, con mi relación con su marido. Al enterarse de que yo tocaba el piano, me había pedido que tocáramos juntas a cuatro manos. Y a pesar de que, como intérprete acompañante, no le salí muy buena (tendía a equivocarme en las notas o a perder el ritmo del escrupuloso metrónomo), siguió practicando conmigo, y también siguió invitándome a las cenas de Acción de Gracias, en parte, supongo, porque podía confiar en mí para que le hiciera una salsa sin grumos, tal como mi madre me había enseñado, y para que me encargara de las tareas culinarias más pesadas, las que Daphne despreciaba, como picar zanahorias. Nuestra amistad, que duró más de quince años, tenía un punto irascible y a veces sensiblero. Nancy llevaba mal que yo no tocara el piano tan bien como Anne Armstrong, su otra intérprete acompañante y amiga íntima de Bradford; y yo que ella me tratara como a una criada sin sueldo, invitándome a las fiestas y a los tés que organizaba de vez en cuando para las esposas de la universidad, pero es-

perando que luego fregara los platos o sirviese el café. Y, sin embargo, también la adoraba, y anhelaba los cuidados maternos que me dispensaba, al haber perdido a mi propia madre a los catorce años. Y, por lo menos, parecía que pensaba que podía hablar conmigo como con pocas personas, que yo escucharía sus quejas y sus preocupaciones sin juzgarla o ignorarla, tal como acostumbraba a hacer Ernest. Las amistades entre mujeres suelen ser así: están hechas de reproches y carencias a partes iguales.

El del sesenta y nueve fue el tercer día de Acción de Gracias que pasé con los Wright; excepcional por el hecho de que Mark no estuviese presente por primera vez (a Nancy le dio una llorera), y por la asistencia de dos invitados de honor: el novelista Jonah Boyd y su nueva esposa, Anne Armstrong de soltera, la antigua intérprete acompañante de Nancy y su mejor amiga de Bradford.

Costaba imaginarse a Nancy Wright en otro sitio que no fuera su casa. Parecía una parte de ella, su propia alma envuelta en vigas y argamasa. Aunque la primera vez que entró en la cocina se sentó en su maleta y se echó a llorar.

Era una vieja historia, que contaba muchas veces.

—Bueno, ya sabéis que antes de venir a Wellspring vivimos en Bradford —empezaba—. Llevábamos allí doce años, Ernest era profesor fijo, y Mark y Daphne iban al colegio con otros niños a los que conocían de toda la vida. Además, acabábamos de mudarnos a la casa de nuestros sueños; y lo digo literalmente, porque yo había visto la casa en sueños. Me levanté y la dibujé antes de que la imagen se desvaneciese, y le pasé el dibujo a un arquitecto, y así la diseñó él más o menos. Tenía tres plantas, pero se entraba por la del medio. Una escalera bajaba hasta el cuarto de estar y los dormitorios de los niños. Y otra subía hasta nuestro dormitorio y el estudio de Ernest. Teníamos una fuente en la fachada y cristal todo alrededor de la puerta de entra-

da; precioso, si no fuera porque los pájaros no distinguían el cristal. Estaba tocando Mozart al piano por ejemplo, cuando de repente se oía un golpe y caía un pájaro a tierra. Muerto, claro. Horrible.

»Después de hacernos esa casa, yo esperaba que nos pasáramos allí toda la vida. ¿Y por qué no iba a ser así? En esa época era más corriente lo de quedarse a vivir siempre en el mismo sitio. Pero entonces a Ernest le ofrecieron trabajo en Wellspring, y era la típica «oferta que no puedes rechazar». Me preguntó si me importaría mudarme. Dijo que, si me importaba, evidentemente rechazaría la oferta. Le dije que sí, pero él llamó para aceptarla.

»Pusimos la casa de Bradford a la venta. Los niños estaban muy tristes. No querían dejar a sus amigos. Y entonces, al final del verano, hicimos lo que mi mejor amiga, Anne Armstrong, llamaba «la gran migración», ¡como si cruzáramos la llanura en una caravana cubierta! En realidad, Ernest se vino antes en coche, y luego, a las dos semanas, me vine yo en avión con los niños. No me preguntó mi opinión sobre la casa de Florizona Avenue. Sólo me llamó un día para decirme que la había comprado. No había más que hablar. Ni siquiera se molestó en mandarme una foto.

»Recuerdo que cuando llegamos al aeropuerto nos esperaba en un coche nuevo, una furgoneta Ford Falcon tapizada de rojo, pensada, supongo, para que los niños se sintieran más a gusto. A pesar de que teníamos reservada habitación en un motel un par de noches, hice que nos trajera directamente a nuestra nueva casa. Ahora es difícil hacerse una idea, porque, evidentemente, la hemos redecorado mucho, y hemos hecho la piscina, y el jardín, pero la primera vez que la vi, la casa era un auténtico desastre. Los marcos de las ventanas estaban podridos. Había nidos de pájaros entre las contraventanas y los cristales, y todos los canales estaban atascados de agujas de pino.

»No entramos por la puerta principal. Subimos por la escalera de atrás (uno de los peldaños tenía un agujero), y

entonces Ernest metió la llave en la puerta, que no cedió porque la cerradura estaba oxidada. Así que allí nos quedamos todos a la intemperie, hasta que consiguió abrirla y nos hizo pasar. “¡Tachán!”, dijo, y yo me quedé mirando. El linóleo de la cocina era horroroso, una mala imitación del terrazo. No había nevera, sólo un hueco donde debía estar el refrigerador. Las alacenas estaban hechas de un horrible metal viejo, todo oxidado, pintado de rojo. Y es que, antes de firmar el contrato, Ernest se había dejado convencer por el dueño de que todo el trabajo de renovación, o al menos la mayor parte, podría estar terminado para cuando llegáramos nosotros. Ya sabéis cómo son los contratistas, dicen lo que sea con tal de quedarse con una obra... ¡Y también sabéis lo crédulo que puede ser Ernest! ¡Como si pudiera hacerse semejante trabajo en tan poco tiempo! Es un visionario, pero no tiene ningún sentido común. Así que allí nos quedamos, en medio de aquel desastre, con los niños revoloteando por allí como polillas, y Ernest diciendo: “Bueno, ¿y qué te parece?” Y como yo no contestaba nada, va y dice: “Quedará preciosa cuando esté terminada.” Y entonces fue cuando me senté en mi maleta y me eché a llorar.

»Sé que la gente cree que exagero cuando cuento esta historia, porque..., bueno, la casa ha acabado siendo una maravilla, ¿verdad?, y ahora damos tantas cenas de Acción de Gracias aquí, y tantos cócteles para celebrar el comienzo de curso, y tantas fiestas en la piscina, que me acuerdo de la casa de Bradford y me cuesta imaginar que alguna vez diese por hecho que nos quedaríamos toda la vida allí. ¿Sabéis una cosa?, la verdad es que creo que para algunos de nosotros existe una casa que es una especie de destino, un lugar donde, una vez te plantas, dices: “Sí, éste es mi sitio”, y allí te quedas. Y eso significa esta casa para mí. Y, aun así, pasaron cuarenta y cuatro años antes de que la descubriese. A estas alturas he vivido en seis casas, incluida la de mis padres. Y sirva todo esto como demostración de que uno nunca debe tratar de adivinar el futuro.

Tal vez debería describir ahora a Nancy, y también la casa. La casa databa de principios de los años veinte, y en principio había sido una casa de campo, en aquella época en que esta parte de California seguía siendo el campo. Primero había consistido en un mero rectángulo con ripias, como una raya, pero luego cada propietario fue añadiendo un ala, así que a la vuelta de unas cuantas décadas la raya se convirtió en un T tumbada, luego en una h minúscula, y después en una H mayúscula; la forma que tenía cuando la compró Ernest Wright.

Poseía además algunas características peculiares y maravillosas. Justo a la izquierda había un garaje a la antigua usanza, una construcción aparte con una veleta encima de su propio desván, que Ernest convirtió más tarde en la consulta donde recibía a sus pacientes. En el jardín de atrás, cerca de la piscina, había una hondonada en pendiente, rodeada de hierba, donde había empezado a excavar una piscina en los años veinte, para luego abandonar la idea, debido al crack de la bolsa. Más tarde, el segundo propietario había intentado sacarle partido a aquella extraña hondonada construyendo una barbacoa en forma de torre en el fondo y adornando los laterales con bancos de ladrillo. Como la chimenea soltaba humo, nadie la usaba; pero era un sitio estupendo para correr y dar saltos mortales e imaginarse el defensor de una fortaleza medieval en plena batalla... La dama Carcas arrojando al cerdo por encima del muro de Carcasona...^[3] Nunca jugué a esas cosas, sólo fantaseaba con haber jugado a ellas cuando fingía que había crecido en aquella casa.

¿Qué más? La casa estaba recubierta de ripias, y la mayoría de los años que la conocí, pintada de rojo. Era de una sola planta; pero, como el terreno descendía en pendiente, la parte de atrás quedaba por encima del jardín. Aunque el camino enladrillado que daba a Florizona Avenue bajaba hasta una galería y una puerta principal bastante aparatosa con una vidriera en medio, nadie de la familia entraba por

allí. *Aquella* puerta sólo la usaban los invitados y los repartidores; los Wright entraban por la puerta de atrás, empleando aquella desvencijada escalera de madera que llevaba del garaje a la cocina, que era amplia y tenía una mesa de álamo de Saarinen, un suelo de vinilo imitando losetas (en sustitución del antiguo linóleo) y unas alacenas de roble pintadas de azul huevo de petirrojo. La cocina constituía el verdadero centro de aquella casa. Era allí donde los Wright comían los días laborables, donde los niños hacían realmente los deberes, y donde Nancy echaba pestes y se impacientaba toda mientras les sacaba brillo a los fondos de cobre de su batería Revereware. En esa misma cocina, en una televisión pequeña que estaba junto al fregadero, vimos el secuestro de Patty Hearst y la impugnación de Nixon, con Nancy soltando tacos como un marinero cada vez que aparecía la cara de Henry Kissinger y bajando rápidamente el volumen porque, como ella decía, aquel hombre era el demonio en persona, y ni siquiera podía soportar el sonido de su voz.

La cocina daba al comedor, que era rectangular, con unas alfombras gruesas de lana en tres tonos de dorado, y un friso de tableros blancos granulados que llegaba hasta una altura de casi metro y medio desde el suelo, y cubría todas las paredes. Este friso remataba en una repisa que sobre la chimenea se ensanchaba y luego volvía a estrecharse hasta recorrer toda la estancia. Nancy lo usaba para poner recuerdos y baratijas, desde una piraña disecada hasta una huella en barro de la mano de Mark cuando estaba en la guardería. El uno de diciembre, sin embargo, se quitaba toda aquella basura decorativa para hacer sitio a la avalancha de tarjetas de felicitación que los Wright recibían cada año, tanto de instituciones psicoanalíticas, colegas y antiguos pacientes de Ernest, como de parientes y amigos. En aquellos fugaces años, estaba de moda escribir una carta o un poema navideño e imprimirlo en las tarjetas junto

con una foto de la familia del remitente; y a veces aquellos trabajitos tenían un involuntario toque de angustia.

*Así os decimos que Jane y Allen
su aniversario número doce
lo celebraron con un divorcio.
Aunque la fiesta duró muy poco;
en la pareja ya no hay consorcio.*

A la derecha de la repisa de la chimenea, una arcada daba al cuarto de estar, la habitación menos usada de la casa, con sus modernos sillones daneses de cuero, en uno de los cuales la gata, Dora, se había meado el día que había parido; la mancha seguía allí muchos años después. Allí también se encontraba el piano, un Knable negro mate de 1920, con unas patas estriadas muy bonitas. Nancy lo había comprado «por cuatro teclas» (un chistecito suyo) en la subasta de una herencia. Y luego estaba el vestíbulo principal (la raya que conectaba los dos palos de la H), con la puerta de vidriera que no usaba nadie, y al que daba una especie de cuartito de estar que había sido el estudio de Ernest, antes de que se mudara al desván de encima del garaje, y al que Nancy seguía llamando el estudio, y donde uno solía toparse al Pequeño Hans, el schnauzer de la familia, durmiendo sobre una mecedora de cuero. (El Pequeño Hans, Dora..., todo en aquella casa era una alusión a Freud). También era en el estudio donde Ernest guardaba su colección de aviones de juguete, una rara muestra de sensiblería, reunida sobre todo como homenaje a la memoria de su padre, que había soñado con volar desde niño pero sólo había volado una vez, casi al final de su vida, en el puente aéreo St. Louis-Chicago para visitar a un cardiólogo.

Al otro lado del vestíbulo principal estaba la zona de los dormitorios. Había cuatro; el más amplio, el de Nancy y Ernest, el más pequeño el de Ben. Ernest había convertido el

dormitorio de Mark en biblioteca prácticamente en cuanto éste había emigrado a Vancouver. Daphne tenía un dormitorio de un tamaño más propio del de una reina, así que también servía de cuarto de invitados en las raras ocasiones en que alguien se quedaba a pasar la noche. Un cuarto de baño con dos entradas, que hacía esquina, conectaba esa habitación con la de Ben. Y él solía quejarse de que su hermana lo despertaba de madrugada porque se levantaba muchas veces a hacer pis y hacía ruido. De estas habitaciones no puedo contarles tantas cosas como de las otras, porque rara vez tenía ocasión de entrar en ellas.

Fuera, además del foso de la barbacoa, había una piscina bastante grande que habían hecho construir los propios Wright, y en la que Nancy nadaba rigurosamente veinte largos todos los días, incluso con mal tiempo. También había un jardín de camelios, un huerto y un estanque de carpas sin ninguna carpa; un invierno, antes de reparar una fuga, Ernest lo había secado y había metido las carpas en un tonel, de donde las fueron robando, en el transcurso de una sola noche, una familia de mapaches. Después de eso, renunció a las carpas y llenó el estanque de balsaminas; otra rareza, el arriate-estanque, en aquella finca donde nada era lo que debería ser.

Por lo que respecta a Nancy..., bueno, si el foso de la barbacoa era Carcasona, *ella* era la dama Carcas: alta y con un porte majestuoso. Unos rizos apretados, negros tirando a gris, formaban una especie de casquete. Era chata. Y tenía los ojos de un color pasa. Recuerdo que en esos años, como era la moda, solía llevar saris holgados, vestidos hawaianos con estampados de flores exóticas, y esos otros que hacen de las mujeres gordas una especie de bolas sin forma, pero que a las mujeres majestuosas como Nancy les proporcionan un aspecto aún más arrogante y aristocrático. Se podría decir que sus pechos sobresalían orgullosos; eran como los contrafuertes de una catedral. Ya estuviera fumando un pitillo en el porche, dándole de comer al gato, o su-

pervisando la preparación del pavo de Acción de Gracias, emanaba la grandeza ligeramente hastiada y abrumada por su propio peso de esas monarcas cuyas biografías leía continuamente (María, reina de Escocia; Catalina la Grande). Pero, más que la de ninguna de ellas, la de Isabel I. Supongo que, en su fuero interno, se veía a sí misma como la reencarnación de la Reina Virgen.

Una particularidad respecto a la propiedad de las casas de los barrios colindantes con el campus de Wellspring es que la universidad es la única propietaria del suelo. Cuando compras una casa, compras sólo la casa; el terreno se te arrienda durante noventa y nueve años a razón de un dólar al año (*pero con la condición de que seas profesor titular o tengas un cargo administrativo importante en la universidad*). Y aunque un cónyuge puede heredar el arriendo, solamente puede ser cedido a un hijo en la improbable circunstancia de que también el hijo sea profesor titular o tenga un cargo administrativo importante en la universidad; norma que enfurecía a Nancy, que tenía una especie de sentimiento místico hacia su casa y quería que continuara siendo de la familia. ¡La de intrigas que se urdieron en los años setenta para que Daphne (ya licenciada en psicología) consiguiese un puesto en el centro de salud estudiantil! Todas en vano. A Ernest lo mataron, y Nancy se murió, y la casa dejó de estar en manos de la familia hasta que Ben, sorprendentemente, la reclamó.

Para entender cómo se llegó a tomar esta extraña disposición (y ése es el meollo de la cuestión, en realidad), es necesario saber algo de la historia de Wellspring. Los estatutos de la universidad se firmaron en 1910, cuando el magnate ganadero y devoto de la teosofía Josiah Reddicliffe destinó diez mil acres de montañosas tierras de labranza a fundar un colegio que serviría de «fuente de sabiduría y esperanza por siempre jamás». Y en el «por siempre jamás» está la clave. Aunque los estatutos dotaban a la junta rectora de los poderes necesarios para decidir cómo *utilizar* el

suelo, también estipulaban que no se podía vender un solo acre. Esos primeros años, Wellspring estaba desierto: un «paraíso de conocimiento» en medio de arroyos y campos que se mecían al viento. Y así lo quería precisamente Josiah Reddicliffe. Se imaginaba a fornidos varones saliendo a recoger ganado tras unas cuantas horas dedicadas a la lectura de Plinio el Viejo. Pero luego unos cuantos comerciantes y banqueros, médicos y abogados, abrieron tiendas y despachos en las márgenes del campus. En 1920, se incluyó oficialmente a la ciudad de Wellspring. Cuatro años más tarde, fundamentalmente para contentar a ciertos miembros del profesorado que empezaban a hartarse de ir y venir todos los días desde Pasadena, la junta rectora propuso el plan de arriendo de tierras que ha prevalecido hasta hoy. Esos profesores construyeron las primeras casas de Florizona Avenue, incluyendo la que Nancy Wright estaba tan decidida a legar a sus hijos.

¿Por qué le importaba tanto? A Ernest, desde luego, no. De hecho, una tarde, pocos meses antes de su muerte, entró en casa y anunció como de pasada que acababa de ponerla en venta y de pagar el anticipo de un piso en régimen de cooperativa en Oklakota Road. El enfado de Nancy, dijo más tarde, le dejó perplejo. ¿Por qué tenían que seguir deambulando por una casa tan grande, sobre todo ahora que él se iba a jubilar, y Daphne y Mark se habían independizado, y Ben estaba a punto de ir a la universidad? No era el tipo de hombre capaz de entender los misteriosos sentimientos que unen a determinadas personas a sus hogares.

—Apenas me fijo en dónde vivo —me contó una vez—. En las habitaciones, en los muebles... A la gente inteligente no le preocupan esas cosas.

En cualquier caso, esa vez por lo menos, Nancy debió de conseguir imponerse (si gracias a amenazas, súplicas o pactos, nunca lo sabré; los secretos de esa alcoba murieron con sus ocupantes), porque unos días después retiró el anticipo del piso en cooperativa e impidió la venta de la casa.